Es imposible hablar de un amigo desde un punto de vista objetivo. Así lo atestiguan estas notas acerca de Arturo Roig, que destacan no sólo sus aportes conceptuales sino también, y sobre todo, su calidad humana. Desarrollada desde el afecto, esta breve biografía ofrece testimonio de una vida dedicada a la creación, sobre la base de una afanosa pasión por el conocimiento.

ARTURO ROIG: LA CREACIÓN Y LA CONSTANCIA

No es sencillo para mí referirme al trabajo de Arturo Roig, no porque lo desconozca sino porque me será imposible poner en juego una mínima cuota de objetividad en lo que iré diciendo. Arturo me ha acompañado durante más de 25 años de dos maravillosas maneras: con su amistad y con su aporte conceptual. Desarrollaré en estas líneas ambas vertientes, de manera de hacer coincidir al hombre, al amigo, con su riqueza intelectual. Y lo haré desde mi propia biografía, desde el camino que he venido recorriendo, buena parte del cual he tenido la fortuna de hacerlo con Arturo.

En 1963 cursé en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo Filosofía Antigua. Trabajamos *El Sofista* y *El Parménides*, de Platón. Como el tiempo fijado para el aula no era suficiente, realizamos un seminario de trabajo paralelo. De a poco fuimos entrando en una lectura del filósofo que me ha permitido volver una y otra vez a su obra, desde el campo de la comunicación, en el que me muevo desde 1968. Arturo nos guió, con un rigor inflexible, en una aproximación a Platón desde una percepción dialéctica. Lejos quedaban los aburridos reconocimientos del valor de su pensamiento a que nos habían acostumbrado en la escuela secundaria; lejos los desbordes románticos centrados en una historia que sólo se mueve entre cadáveres. Platón vivía entre nosotros y era posible reconocer en sus confrontaciones discursivas, en su búsqueda de un fundamento, más de una actitud contemporánea, más de una manera de pensar y enfrentar los problemas. La riqueza del método de lectura fue precisamente la de relacionar el texto con el contexto, tanto el de la Grecia de entonces como el nuestro.

Esa experiencia pedagógica, la primera que me tocó vivir, fue hecha sin estruendos, sin la apelación fácil a la denuncia, sin ningún objetivo oculto; aprendimos a abordar un texto desde sucesivos contextos, desde diversos horizontes de lectura, a través de un sistema de taller que dejaba fuera la cátedra tradicional, el sistema vertical de enseñanza y de interpretación. Quienes participamos en el seminario y en el curso aprendimos a leer de manera distinta, lo cual ya es una enorme ganancia, y aprendimos también a valorar una pedagogía alternativa a la que campeaba en la enseñanza de la Universidad.

En los años siguientes nos fuimos acercando desde un campo de actividades que también compartimos, desde entonces y hasta el presente: el del periodismo. Arturo había estudiado a fondo los periódicos de la provincia y había publicado dos libros sobre las ideas que en ellos aparecían, sobre todo en el siglo XIX. Por lo menos una vez al mes aparecía alguna nota suya relacionada siempre con la cultura de Mendoza. En esto me tocó vivir una segunda lección:

revalorizar la propia historia, el propio contexto. No eran muchos los profesores universitarios que por entonces se dedicaban a trabajar para el gran público. La postura general era la de quien sostenía su cátedra como una propiedad privada y el mundo podía pasar por donde le diera la gana.

En 1972 iniciamos un seminario para analizar el papel de la universidad en la sociedad y el discurso político. En 1973, durante el "veranito de Cámpora" (en mi país, todo el mundo lo sabe, los veranitos políticos son terriblemente breves) intentamos un modelo pedagógico alternativo en la Universidad. Algunas de sus claves eran:

1. El trabajo por áreas.

2. La ruptura del modelo tradicional de enseñanza, para centrar la atención en los procesos de aprendizaje.

3. La apertura de la Universidad a la problemática social.

4. La movilización de la energía de estudiantes y profesores para producir materiales, investigaciones, recursos que pudieran ser aprovechados por la sociedad toda.

Impulsamos esos objetivos durante un año y medio, mucho más allá de lo que había permitido el veranito. No es el lugar aquí para evaluar lo sucedido, pero digamos que el destino del trabajo fue el mismo de muchas experiencias pedagógicas en nuestros países: la universidad intervenida, los planes de estudios nuevos anulados, sus autores despedidos...

Arturo trabajó como secretario general de la Universidad en ese período. Sus propuestas para un nuevo modelo pedagógico fueron vitales para la labor que enfrentamos. Me he preguntado siempre acerca del porqué de la reacción que hubo hacia esas propuestas que aparecen sin mayores objeciones en otros países. La clave, pienso, estuvo en la ruptura que se estableció con un orden de cosas que convertía la educación en una propiedad privada, cada profesor era dueño de s feudo y hacía y deshacía dentro de él. En nuestro proyecto la educación se hizo pública, se volvió un sistema que permitía eliminar los bolsones de poder para dejar espacio a la comunicación, al intercambio de ideas y experiencias. Y para un señor feudal, cualquier ruptura del viejo orden es una agresión, aun cuando la misma busque caminos para el diálogo, el trabajo en común. Un modelo pedagógico que yo había comenzado a vislumbrar en l963 y que entonces, llevado a la práctica, puso en crisis privilegios demasiado grandes.

En 1977 compartimos con Arturo el aprendizaje de la cultura mexicana. Dábamos clases ambos en la ENEP Acatlán y organizamos un seminario sobre el discurso, tema que nos venía obsesionando desde los primeros años de la década, a raíz de la experiencia argentina. Arturo elaboró entonces trabajos sobre el discurso político que luego desarrolló más a fondo para el análisis de las ideas, sobre todo en su lectura de los siglos XVIII y XIX. Fue un período rico en discusiones y en aprendizaje común (en entre-aprendizaje, como solía decir don Simón Rodríguez). Yo me orientaba hacia una línea que no he abandonado hasta ahora, la del análisis de mensajes, y Arturo preparaba una formidable

batería conceptual que le permitiría abrir una lectura alternativa de nuestros autores, una perspectiva origininalísima en la que se reunirían los aportes de la semiótica y sus propios desarrollos conceptuales.

Dos trabajos me marcaron profundamente entonces: el dedicado a Andrés Bello y los orígenes de la semiótica en América Latina, y el que aborda el pensamiento de Simón Rodríguez, también desde la perspectiva del lenguaje. Comencé una lectura de ambos autores y me atrajo sobre todo la obra de don Simón. En ese rastrear el lenguaje fui descubriendo una serie de propuestas que no habíamos soñado en nuestro campo de trabajo, el de la comunicación. Nació así un libro, *Utopía y Comunicación en Simón Rodríguez*, del que me reconozco deudor de Arturo, por sus orientaciones primeras. Y ya que en la convocatoria a este volumen se nos pide detalles sobre temas que se desarrollaron a partir de las propuestas de Arturo, menciono algunos de los hallazgos que incluí en ese libro:

1. Simón Rodríguez inicia, en 1828, una lectura cuantitativa de un discurso, lo que hoy entendemos por "análisis de contenido".

2. Utiliza con toda soltura la expresión "medios de comunicación" para referirse a "leer, escribir y calcular"; la escuela tiene por objetivo las ideas sociales, la convivencia, la solidaridad; lo demás son medios de comunicación.

3. Hay en Simón Rodríguez una teoría de la realidad (como totalidad, como dialéctica, aunque no use este término), una teoría del conocimiento (en la que juega un rol central la semeiotiké) y una teoría de la expresión (pintar con palabras, convertir el espacio de la página en algo sonoro, en algo pictórico).

4. Hay, en fin, una relación directa entre la propuesta utópica y el lenguaje ("Más cuenta nos tiene entender a un indio que a Ovidio").

Desde 1978 hasta su regreso al país Arturo vivió en Ecuador, donde emprendió un trabajo de recuperación cultural que permitió rescatar buena parte del pensamiento filosófico de ese país. Arturo vivió entre los ecuatorianos como un ecuatoriano y lo hizo con la misma pasión que puso en conocer el contexto mendocino y el contexto mexicano. Es por demás conocida la obra sobre el pensamiento ecuatoriano, publicada por el Banco Central, además de sus trabajos sobre el siglo XVIII, sobre Montalvo...

En 1983 pasamos a vivir con mi familia en Quito. Trabajé durante cinco años en CIESPAL y pude retomar el contacto cotidiano con Arturo. Me esperaba una oferta, la de elaborar una antología sobre el pensamiento estético ecuatoriano, dentro de la colección que mencioné más arriba. Pero además, Arturo había producido un trabajo que publicamos en CIESPAL, *Narrativa y Cotidianidad*. Se basa el material en un análisis de un cuento ecuatoriano, *Bella Flor*, propio de la tradición andina (en Mendoza, Juan Draghi Lucero lo recogió casi sin variantes, con el nombre de *¿Te Acordás Patito Ingrato?),* en el que Arturo reconoce

formas de vida cotidiana ligadas a la narrativa popular y a la función política del discurso. La propuesta pone en crisis el esquema de Propp, sobre todo cuando se lo piensa como una suerte de llave mágica válida para interpretar cualquier corpus de cuentos tradicionales. Lo que se demuestra en el trabajo es que el análisis de *Morfología del Cuento Maravilloso*, es apenas una manera de enfrentar el riquísimo espacio de la narrativa popular, y que el esquema proppiano se acerca al reconocimiento de una cotidianidad cerrada sobre sí misma, históricamente congelada.

Arturo encuentra en *Bella Flor* una propuesta histórica distinta, donde los problemas surgen desde el interior de una vida cotidiana para romperla, para transformarla. Ello le permite formular esquemas como "violación-restauración" de una situación social, y "rebelión-transformación", que marcan dos estrategias discursivas muy distintas.

De más está decir que esta perspectiva abrió el camino para leer textos "contestatarios" dentro de la cultura popular, que son muchos más de los que podría hacer suponer el esquema de Propp. Mis trabajos sobre el relato (*Manual de Análisis de Mensajes*, *Radiodrama* y *Vida Cotidiana*) están insertos en esa línea. Por cierto, a pesar de la edición que hicimos en CIESPAL, *Narrativa y Cotidianidad* no ha sido reconocida de manera suficiente en nuestros países, ni en el campo de la historia de las ideas ni en las escuelas y facultades de comunicación social. Estamos todavía demasiado enredados en el aprendizaje de modelos que intentamos aplicar a nuestro espacio y a menudo no tenemos el tiempo suficiente como para asomarnos a las propuestas latinoamericanas.

Desde su regreso a la Argentina Arturo se mantuvo en líneas de trabajo que no ha abandonado nunca. En su paso por la Universidad, a la cual fue reincorporado con el reconocimiento de lo injusto de su expulsión, desarrolló una línea crítica que significó un poco de aire fresco en ese espacio demasiado ligado a un academicismo decimonónico. Desde la dirección del CRICIT impulsó el trabajo de todo un grupo de jóvenes investigadores que se volcaron al estudio de su realidad, en aquella línea que yo aprendí en el 63, la de la recuperación del propio contexto. Y no dejó, por supuesto, de producir, aunque hay quienes le reclamamos un mayor volumen de obra, en el tráfago de la burocracia y de la investigación. Entre esos reclamos está el de un libro sobre Sarmiento, que siempre hemos esperado de Arturo.

¿Qué más agregar? No sé si podrán resultar valiosas para un lector algunas notas que orillan la biografía y que son escritas a partir de una relación de amistad. Tal vez estemos forzando a alguien a recibir datos que poco podrían interesarle. Sin embargo, pienso que estos breves pasajes de una vida tan rica en sentimientos y en capacidad conceptual, sirven para pintar muy de cerca a un ser. He seleccionado, de lo mucho que podría contar, aquellos pasajes en que se puede leer con toda claridad una constancia en algunas opciones básicas:

- ⇒ por la propia realidad, por el propio contexto
- ⇒ por un modelo pedagógico alternativo
- ⇒ por una búsqueda de nuevos instrumentos para leer nuestra realidad y a nuestros pensadores

⇒ por una pasión por el conocimiento y por una inmensa capacidad de compartir todo lo que se va aprendiendo, lo que se va atesorando a lo largo de un sostenido trabajo intelectual

Valgan esas pinceladas, como un reconocimiento al creador y al amigo, como un modo de decir lo que pasa más bien por los sentimientos.

. Daniel Prieto Castillo